

Prólogo

La tarea fundamental de la investigación científica es intentar el acercamiento, con fundamento, a la comprensión y explicación de los fenómenos. Para conseguirlo, especialmente en el caso de la reflexión histórica, ella debe descubrir y entregar los materiales en que se puede fundar un juicio exacto. Recién entonces puede asumir la responsabilidad de hacer posible que la conciencia histórica intervenga en la gestación y transformación de la vida y la sociedad de un país. No se mejora la vida ni con buenas intenciones ni mucho menos con juicios improvisados. Sólo se lo consigue entendiendo los motivos y la lógica de los hechos. En todos los lugares, el problema del sentido y la significación de los acontecimientos sociales y políticos está ligado necesaria e íntimamente a los más inmediatos intereses de actores y espectadores. Por eso es que todos ellos creen poder tener y expresar un juicio y a la vez experimentan la urgencia de intervenir directamente en los hechos públicos. El mayor peligro del juicio histórico-político radica así precisamente en la urgencia del interés en que se funda, esto es, en el poder devenir ideología. No se trata, con todo, de romper lanzas por el positivismo, sino antes bien de exigir —antes de cualquier opción—, una arqueología de las fuentes, de la colección de documentos a los que ningún juicio histórico serio puede renunciar. Esto, que la historiografía chilena del siglo XIX entendió magistralmente ha sido olvidado casi del todo por la de nuestro siglo. Ello es muy relevante porque la decisión por una determinada opción, por una interpretación de los hechos no puede iniciarse nunca a partir de la narración informativa de los hechos porque ella está de principio subjetivizada e ideologizada. Es recién el documento relacionado a personas y ante todo a instituciones (el Estado y sus poderes, los partidos, las iglesias, los sindicatos) lo que debe ser rescatado y puesto en la base de la investigación seria. El documento no es la develación del misterio de la historia, pero sí es el lugar en que su significación y su sentido pueden hacerse acrecentadamente transparentes. Por todo ello es que la historia nunca podrá escribirse citando a otros colegas ni acudiendo a la sección periódicos de las bibliotecas. Tampoco refiriendo más o menos ingenuamente “recuerdos” o “anécdotas” amistosas o inamistosas de actores u observadores y mucho menos tratando de armonizar hechos apenas caracterizados según fecha y lugar con alguna filosofía de moda. Mediante esta colección quiero sumarme a los pocos pero enjundiosos estudios iniciados entretanto.

Para todos los chilenos el período que cubre los años 1969-1973 fue incluso existencialmente decisivo precisamente porque la historia nacional de ese

tiempo ofreció, en una u otra dirección, posibilidades inéditas hasta entonces. Y porque, fundadas las cosas en ello, incluso todo el período que abarca ya hasta el fin del siglo quedó definido en buena parte por el tipo de relación que ellos asumieron respecto a esos acontecimientos. Más aún: es en la medida en que toda nuestra época (1969-2000) ha convertido a Chile en un país en el cual se dieron dos modelos universalizables de concepción y transformación de la sociedad (un intento específico de sociedad socialista primero y el correspondiente modelo de superación y negación de aquél después) que esta época ha alcanzado repercusión internacional. A fines del siglo XX Chile dejó de ser un objeto acerca del cual sólo los chilenos tienen algo que decir.

Todo este conjunto de cuestiones es lo que me movió, desde hace ya muchos años, a crear una base documentaria lo más vasta y diferenciada posible sobre el período de la Unidad Popular, fundada primeramente en los documentos emanados de los sujetos históricos más relevantes y oficiales, los partidos políticos y las instituciones del Estado. He reunido así un considerable número de textos provenientes de la izquierda chilena que permiten analizar su quehacer político, las luchas internas por imponer un modelo de transición al socialismo y la implementación hegemónica del caso.

Por cierto a esta colección que por ahora incluye más de 500 documentos debería seguir otra que ilustrara la acción política de la oposición triunfante.

En cuanto a la composición misma de la compilación es importante destacar que en su mayor parte proviene de las publicaciones oficiales de los partidos, reflejando con ello el aspecto pragmático de esos textos. Pero también se han agregado a ellas numerosos documentos de estricta circulación interna o confidencial. Ellos deben ilustrar la génesis de las políticas partidarias, su mayor o menor conciencia de los problemas de la organización política y la correspondiente ilustración ideológica. Se destaca en este ámbito particularmente la vasta colección de documentación confidencial del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Ella, que se ha conservado en volúmenes, ha sido distribuida según la cronología de los acontecimientos. También se incluye un importante conjunto de documentos de “organizaciones de base” como lo fueron los Comandos Comunales, los Cordones Industriales y los Comandos Campesinos. Ellos deben documentar uno de los momentos más interesantes de la discusión política del momento, a saber, la posibilidad del establecimiento más o menos paulatino de un orden de poder paralelo al Estado vigente. Incluyo también toda una serie de documentos provenientes de la Central Única de Trabajadores (CUT) y las alternativas a ella surgidas en el seno del MIR (FTR), también como documentos confidenciales y que ilustran la importante discusión interna al respecto.

He examinado la documentación conservada en el Archivo Nacional (Seción Siglo XX) particularmente la contenida en las secciones del Ministerio del Interior, Justicia y Defensa, sin encontrar fuentes análogas a las que integran esta colección. Obviamente la enorme documentación allí atesorada debería ser la base para las investigaciones ulteriores que se emprendan a partir de esta publicación. De especial importancia son también las fuentes conservadas en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y las fuentes correspondientes

que se conservan en los archivos de los países extranjeros relevantes para entender la política gubernamental y partidista de la época. Una primera valoración la entrego con los documentos encontrados por David Schidlovsky en la ex República Democrática Alemana y en la Unión Soviética y, por mérito propio, cabe destacar la publicación hecha por la revista *Estudios Públicos* relativa a la actividad soviética y norteamericana en la época (*Estudios Públicos* N° 72, primavera 1998, Santiago: Centro de Estudios Públicos.)

Otra fuente de gran importancia debe encontrarse en los archivos que los partidos políticos chilenos conservan y que aquí aparecen sólo de modo inicial. Lo mismo cabe decir de los legados de los personajes principales, parte de los cuales no se encuentran en Chile. No deberían olvidarse tampoco las colecciones conservadas en los centros de documentación de las iglesias chilenas, las universidades, los colegios profesionales y por cierto la Central Única de Trabajadores. El vasto trabajo *Los mil días de Allende*, publicado por Miguel González Pino y Arturo Fontaine Talavera (Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos, 1977, dos tomos), constituye una base fundamental para la valoración de la función política de los medios de comunicación.

La estructura de la colección se orienta según el orden cronológico. Está dividida en ocho capítulos cada uno de los cuales corresponde a fases decisivas y definitorias del proceso. Los ocho capítulos van a su vez anteceditos por una breve cronología de los hechos más relevantes del período a fin de que el lector tenga a mano una orientación elemental. Se trata allí entonces de una simple relación enumerativa y en ningún caso de una toma de posición valorativa. A continuación se entrega un breve resumen de cada uno de los documentos y, en donde se hace necesario, aludo a interrelaciones con acontecimientos u otros documentos también reproducidos.

Como toda recopilación documentaria, también esta no pretende ser exhaustiva. Por el contrario, ella deberá irse completando a medida que ulteriores fuentes sean accesibles.

Agradezco ante todo y muy sinceramente al Centro de Estudios Públicos y a su director Arturo Fontaine Talavera su encomiable interés en apoyar y asumir esta edición de modo tan eficiente y calificado. Ella debe considerarse como uno de los muchos aportes de esta institución en beneficio de la investigación científica chilena. Mis agradecimientos valen también para el Archivo Nacional de Chile (Sección siglo XX) y su directora Marcela Cavada, el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y su directora Carmen Gloria Duhart, Ibero-amerikanisches Institut (Berlín), Lateinamerika-Institut de la Freie Universität (Berlín), Zentrales Staatsarchiv (Potsdam), Zentrales Staatsarchiv (Merseburg) ambos en la ex República Democrática Alemana, Hoover Institution (Stanford, California), Centro de Investigaciones sobre Chile y América Latina (Berlín), Biblioteca Nacional (París), Simon Wiesenthal (Viena).

Esta obra no habría sido posible sin el trabajo calificado y paciente de Alfredo Machuca Q., David Parra A. y ante todo de Rogelio Madariaga B.